

EL CIGARRAL. ORIGEN Y CAMBIO DE UN PAISAJE CULTURAL TOLEDANO A TRAVÉS DE SUS BOSQUES Y JARDINES

Jesús Carroble Santos¹, Jorge Morín de Pablos² y Rafael Barroso Cabrera²

¹ Diputación Provincial de Toledo. Centro de Estudios Juan de Mariana. Plaza de Padilla 2. 45002-TOLEDO (España)

² Audema c/Pedro Valdivia 34. 28006-MADRID (España)

Resumen

En esta comunicación se realiza un estudio destinado a conocer el origen del cigarral toledano, responsable de la formación de uno de los paisajes culturales más característicos de la ciudad de Toledo. El inicio de este tipo de construcciones en el suburbio de la ciudad se produce en el siglo XVI. Desde entonces ha sufrido un proceso evolutivo que podemos seguir a través del análisis de algunos de sus elementos más significativos. Es el caso de los bosques y jardines, que han conocido importantes cambios y adaptaciones. Partiendo de unos primeros bosquecillos de inspiración humanista, han sido muchas y muy diferentes las formaciones vegetales que han ido dominando este espacio. Su estudio permite conocer los cambios sufridos por estas fincas que son, a su vez, un reflejo de los que experimentó el propio núcleo urbano.

Palabras clave: *Cigarral, Paisaje cultural, Bosque, Jardín*

INTRODUCCIÓN

A comienzos de los años 80 del pasado siglo se produjo un profundo cambio en los intereses de la investigación arqueológica. Gracias al desarrollo de la denominada nueva arqueología han tomado auge nuevas maneras de aproximarnos al pasado utilizando técnicas y sobre todo unidades de estudio muy diferentes de las tenidas en cuenta hasta entonces, que se reducían a las piezas de interés artístico que llenaban nuestros museos o, a lo sumo, a los yacimientos considerados al margen de su entorno. Afortunadamente la disciplina arqueológica ha superado el estudio de estas realidades tan reducidas para empezar a utilizar nuevos marcos basados en el análisis de los territorios en los que se encuentran las piezas y yacimientos que tanto nos interesaban. En

ellos, debido a la acción del hombre, se desarrollaron unos paisajes culturales que se han convertido en los nuevos centros de interés (QUEROL Y MARTÍNEZ, 1996; RODRÍGUEZ, 2004).

Esta nueva manera de acercarnos a la Historia, unida a la creciente preocupación por conservar el medio en el que vivimos, ha permitido que el paisaje cultural haya llegado a su mayoría de edad (AGUILÓ Y MATA, 2005). La mejor muestra de esta situación la tenemos en su reciente reconocimiento científico y legal, a través del desarrollo de medidas de protección encaminadas a lograr su conservación con documentos como el Convenio Europeo de Protección del Paisaje firmado por nuestro país en 2008.

La necesidad de proteger el medio físico y cultural en el que nos movemos es la lógica consecuencia de las fuertes transformaciones que éste

viene sufriendo en los últimos años, debido al desarrollo de un urbanismo depredador que, bajo la falsa etiqueta del progreso, parece empeñado en convertir a cualquier entorno, independientemente de su originalidad o excepcionalidad, en una copia pálida de las grandes ciudades dormitorio surgidas prácticamente de la nada.

En Toledo y fruto de una peculiar evolución histórica que ha impedido la existencia de grandes cambios urbanos hasta momentos muy recientes, se han mantenido una serie de paisajes culturales excepcionales. Sin embargo y a pesar de contar con todo tipo de declaraciones de protección autonómicas, nacionales e internacionales, su fin parece más cerca que nunca como consecuencia de la aprobación del nuevo Plan de Ordenación Municipal que propone la construcción de los nuevos barrios en aquellos lugares que suponían la excepcionalidad del paisaje toledano, caso de las vegas y de algunas de las fincas situadas en el macizo granítico que envuelve a la ciudad por su frente meridional (CARROBLES, 2009).

Para documentar, al menos, la evolución de los paisajes que han llegado hasta comienzos del siglo XXI y que aún podemos estudiar utilizando diferentes técnicas y enfoques, hemos planteado un ambicioso proyecto de investigación que tratará de conocer la evolución de los paisajes culturales de Toledo empezando por el de los cigarrales que es uno de los más amenazados en estos momentos (CRUZ *et al.*, 2006). Su ejecución está previsto que pueda dilatarse en los próximos años, siendo esta comunicación un primer avance de los resultados obtenidos.

DEFINICIÓN Y DIFERENCIACIÓN

El término cigarral empieza a ser utilizado en la segunda mitad del siglo XVI para denominar a un tipo específico de casa de campo que cobra entonces importancia en los alrededores de la ciudad de Toledo (MARAÑÓN, 2004). La idealización de este tipo de construcciones asociadas al ocio y a un estamento social culto, provocó el rápido éxito de la denominación hasta el punto de que poco después de su primera utilización, empezó a ser utilizada para hacer refe-

rencia a fincas que poco o nada tenían que ver con los primeros cigarrales.

En Toledo las casas de campo cuentan con un rico pasado que tiene su inicio en las primeras *villae* romanas (CARROBLES, 2007: 59-68). Con posterioridad éstas pudieron llegar a tener continuidad a través de las grandes almunias islámicas entre las que destacaba la gran Huerta del Rey que incluía lo que hoy conocemos como Palacio de Galiana (RIVERA, 1991; RAMOS, 2001). Estas construcciones se mantuvieron a lo largo del resto de la Edad Media sufriendo, en ocasiones, los efectos de los enfrentamientos bélicos que afectaron a la ciudad. Su conservación y auge en los siglos XVI y XVII está documentada en muchas de las descripciones que se conocen del entorno de Toledo en esos años. Es el caso de las huertas y de casas con jardines “*artificiosos*” que según el Memorial incluido en las Relaciones de Felipe II, eran propiedad de personas principales como don Antonio de Córdoba o don Alonso de Manrique, al este de la actual Huerta del Rey, o de la Huerta y Casa de Campo del Marqués de Villena y de la casa y bosque labrado por Diego López de Ayala, aguas abajo de la ciudad (VIÑAS Y PAZ, 1963: 502-503).

Junto a estas fincas que responden a la tradición iniciada en la antigüedad y directamente ligada a la explotación agrícola de las vegas del Tajo, en el siglo XVI empezamos a tener noticias de la aparición de otra serie de propiedades muy distintas que carecían de una tradición tan acusada. Hurtado de Toledo en el Memorial fechado en 1576 incluido en las Relaciones que acabamos de citar, habla de la existencia en los alrededores de la población de muchos cigarrales y casas de recreo, diferenciando desde nuestro punto de vista la existencia de dos tipos de construcción muy diferentes (VIÑAS Y PAZ, 1963: 499).

Mucho más explícito es Francisco de Pisa en la descripción que realiza de los alrededores de la ciudad en su Historia de Toledo publicada en 1605. Tras describir las huertas y casas de campo existentes en la llanura aluvial del Tajo, se ocupa de las construcciones que se disponen sobre los cerros graníticos situados al sur de la población a las que describe como: “(...) *casas de plazer, en que se crían árboles, viñas y flores, mayormente altos, saliendo de la puerta de San Martín, a la parte de Valdecolomba, y y por el*

otro camino que va a San Bernardo y Corralrubio, que se llaman cigarrales, o pizarrales cercados: y entre estos el muy famoso y rico cigarral del Cardenal don Gaspar de Quiroga que al presente es del Rey nuestro Señor.” (PISA, 1605: 25v, 26a).

Otra descripción próxima y que también apunta en la misma dirección es la de Sebastián de Covarrubias en 1611: *“En Toledo se llaman cigarrales ciertas heredades, no lejos de la ciudad en aquellas cuevas que ordinariamente son unos cercados pequeños. Los más tienen fuentes con que riegan alguna cosa, tienen árboles, frutales de secano, un pedazo de viña, olivas higueras y una casita donde recogerse el señor cuando va allá. Pero algunos cigarrales destos son famosos, de gran valor y recreación, aunque de tanto gasto como provecho.”* (COVARRUBIAS, 1611).

Ambos textos sirven para diferenciar el tipo de construcciones que a comienzos del siglo XVII recibían el nombre de cigarral, así como la importancia que tiene su entorno vegetal y el lugar concreto en el que éstas se encontraban. También nos muestra el inicio de su pronta evolución, relacionada con la construcción de auténticas villas suburbanas de carácter áulico, cuyos mejores ejemplos serán el cigarral del cardenal Quiroga, hoy conocido con el nombre de Quinta de Mirabel (MARÍAS, 1980), y el que se iba a construir pocos años después en Buenavista por mandato del cardenal Sandoval y Rojas que, a su vez, marca el inicio de la utilización del término fuera del ámbito cigarralero original (MARÍAS, 1986: 142-144).

Todos estos datos sirven para plantear la existencia en torno a Toledo de dos tipos de fincas de recreo con aspecto y finalidad muy diferentes, al menos hasta las primeras décadas del siglo XVII. Las ligadas a las grandes huertas y sotos del Tajo, propiedad de la nobleza local que pudieron dotarse de cierta monumentalidad desde momentos bastante antiguos, y los cigarrales que empiezan a poblar los cerros de una parte concreta, la comprendida entre la zona de Valdecolomba, La Solanilla y El Morterón que, todavía hoy, constituye el núcleo central del paisaje cigarralero.

Este tipo de finca, específica de los alrededores de la ciudad, surge de la combinación de diferentes elementos. Por un lado hereda de la

baja Edad Media un parcelario irregular y cercado, fruto de las disposiciones que trataban de reducir los habituales problemas surgidos entre ganaderos y agricultores en los alrededores de la población (MOROLLÓN, 2005: 345). Por otro y como novedad, se produciría la aparición de construcciones ligadas al ocio, que luego analizaremos, y de unos primeros bosques que son el resultado de la nueva manera de entender la naturaleza en los inicios de la modernidad.

El primero de estos elementos, el de las construcciones, estuvo condicionado por un programa de necesidades muy sencillo en el que primaba el disfrute de la naturaleza y del paisaje en un ambiente culto con el que permitir la ruptura de la rutina diaria, propio de las elites culturales del Renacimiento. Su finalidad fundamental no sería por lo tanto la residencial, sino la de servir de escenario para prácticas lúdicas concretas, dando lugar a un tipo de construcción de buena apariencia y pequeño tamaño. El ya citado Hurtado de Toledo en su célebre Memorial describe este tipo de construcciones de la siguiente manera: *“De las casas, cortijos y heredades que ay cercanas desta ciudad se puede poner poca quenta, porque algunas dellas son de tan pequeño sitio que parecen sepulturas o celdas de frayles cartujos, tiene alguna quatro arbolitos, una fontezueta y una pieza de tapias o enramada paxiça esto a la parte de poniente donde llaman Solanilla y Morterón.”*

Una realidad también apreciada por Covarrubias poco después, cuando atribuye a Diego de Guadix la interpretación del vocablo cigarral partiendo de un término árabe con el significado de “casa pequeña”. A pesar de los cambios que se produjeron, desde entonces, aún se mantenían construcciones con estas características en el siglo XVIII. Eso es al menos lo que se desprende de la tradición recogida por Félix Urabayen a comienzos del siglo XX, en la que se describen las tertulias promovidas por el canónigo toledano Pérez Bayer en el denominado cigarral de la Antequeruela, que tenían lugar: *“(…) en la casita, casi japonesa por lo minúscula.”* (URABAYEN, 1936).

Junto a las edificaciones, la otra novedad que empieza a dejar su huella en el paisaje del siglo XVI son los pequeños bosques que destacan a los cigarrales del entorno árido en el que se edi-

fican. Éstos aparecen claramente representados en algunos de los escasos testimonios gráficos que se conservan de estos momentos. Es el caso de la *vista de Toledo* de Wyngaerde (PORRES, 1989), de la *Vista y Plano del Greco* (PORRES, 1967) y, sobre todo, de algunos de los dibujos incluidos en la obra del ingeniero Luis Carduchi sobre la navegabilidad del Tajo (LÓPEZ, 1998), que muestran la colonización emprendida de la mayor parte de las cimas más altas y destacadas del macizo granítico ubicado al sur y oeste de la ciudad, en los años comprendidos entre los comienzos de la segunda mitad del siglo XVI y el fin de la primera del XVII (Figura 1).

Este modelo de pequeña construcción rodeada de diferentes árboles y pequeños jardines es en su inicio un modelo muy distinto del que conocemos en las tradicionales casas de campo. Sin embargo, la evolución sufrida por ambos tipos de fincas en tiempos de crisis en los que desaparece el tejido social que justificaba las diferencias, permitirá la pronta confusión entre unas y otras, dando lugar a una nueva manera de entender el cigarral.

CIGARRAL Y VEGETACIÓN EN EL SIGLO XVI

A comienzos del siglo XVI el Renacimiento italiano empieza a ser objeto de atención por parte de algunos miembros destacados de las oligarquías de Toledo. El contacto con el humanismo filosófico que se encuentra tras este movimiento fue posible por la participación de un buen número de vecinos de la población en la vida política de la Iglesia católica o en la administración de los asuntos de la monarquía en diferentes ciudades de Italia (KAGAN, 1982; ANDRÉS, 1999; ARANDA, 2001; MARTÍNEZ GIL, 2007).

El humanismo que deslumbró a nuestros personajes hundía sus raíces en el pasado clásico e introdujo una nueva manera de ver el campo y la naturaleza. Por primera vez desde la Alta Edad Media y en buena parte debido a visiones como la de San Francisco de Asís, que fue capaz de valorar el entorno en el que vivió como algo positivo y no como un lugar en el que habitaba el mal, se producirá el inicio de la valoración del paisaje. Desde entonces, la posibili-

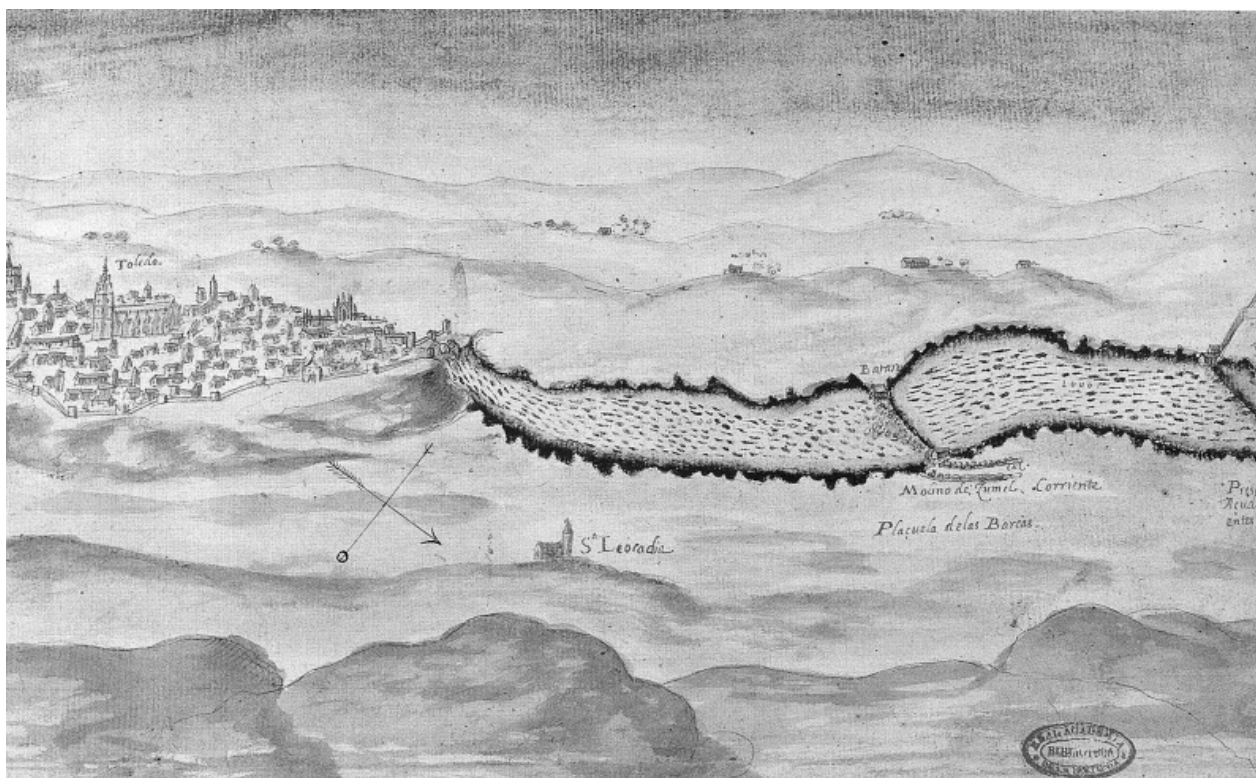


Figura 1. Dibujo de Toledo y sus alrededores incluido en la obra *Chorografía del río Tajo* de Luis Carduchi, realizado en 1641

dad de su disfrute pasó a formar parte del modo de vida de las clases privilegiadas, coincidiendo con el ideal de los tratadistas clásicos que fomentaron el auge de un modo de vida en el que el ocio y el placer privado estaban directamente ligados a las villas suburbanas de la Antigüedad (BURCKHARDT, 1982).

Esta utopía cultural empezó a introducirse en Toledo en las primeras décadas del siglo XVI dando lugar a la construcción de un modelo propio, muy alejado del que representaban las grandes villas de la Toscana, de Venecia o de los alrededores de Roma, que podían haber servido como referencia. Frente al gran palacio de ostentación en un mundo de príncipes propios de esos lugares, en Toledo se va a iniciar una moda basada tan sólo en la creciente necesidad de aproximarse a la naturaleza y al paisaje, dejando de lado las construcciones de prestigio, inalcanzables para los primeros propietarios de cigarrales entre los que predominaban clérigos, juristas o profesores de universidad como eran los helenistas Juan de Vergara o Alvar Gómez de Castro (DÍEZ DEL CORRAL, 1987).

El resultado fue la aparición de las pequeñas construcciones a las que ya hemos hecho referencia, que sirvieron para dar nueva utilidad y apariencia a unas pequeñas fincas cercadas, hasta entonces de uso estrictamente agropecuario, que habían surgido en el sector más montañoso y menos valorado de los alrededores de Toledo. Junto a las pequeñas plantaciones de viña, de higuerales, frutales e, incluso, de cereal, surgieron los primeros edificios destinados, básicamente, a satisfacer el ocio de sus poseedores. A su alrededor, y como consecuencia del pensamiento humanista que los hizo posible, se empezaron a trazar los primeros jardines plenamente modernos en una ciudad tan populosa pero carente de suelo para estos fines como era Toledo en el siglo XVI (GARCÍA, 2002).

Estos jardines del inicio del Renacimiento fueron la mejor muestra de la capacidad que adquiere el hombre para transformar la naturaleza y adaptarla para su propio disfrute a través de los principios de armonía y belleza que van a primar en cualquiera de sus manifestaciones (FERNÁNDEZ et al., 1991; AÑÓN, 2000). Algunos de sus mejores ejemplos se convirtieron en indicadores de la nueva relación que el hombre esta-

blece con el mundo que le rodea y, sobre todo, del papel que éste pasa a desempeñar en el Universo, al convertirse, siguiendo las ideas neoplatónicas entonces en boga, en un reflejo de Dios y en el centro de sus propias creaciones. El jardín también adquiere en esos momentos un importante papel en el recuerdo de la Antigüedad clásica y en menor grado del Paraíso cristiano que tanto éxito había tenido en la Edad Media (AÑÓN, 1991). Entre ambas concepciones se establecerá una cierta rivalidad de la que saldrá victoriosa la primera, hasta el punto de que estos espacios se convertirán en el refugio de los dioses clásicos representados en grutas y fuentes sin que, por el contrario, encuentren en ellos acomodo las más mínimas referencias cristianas (VERA, 2004).

Las representaciones que conocemos de los alrededores de Toledo antes citadas muestran como, junto a los primeros cigarrales, aparecen unos pequeños bosques que se convierten en la principal referencia visual de este tipo de fincas. Sus árboles formarían parte de jardines similares a los que se conocen en esta zona de Castilla en el siglo XVI con ejemplos tan emblemáticos y bien conocidos como el de la Casa de Campo de Madrid (FERNÁNDEZ et al., 1991). Gracias a los estudios allí realizados empezamos a comprender el proceso de introducción en nuestro entorno del jardín italiano, que dio lugar a una formación vegetal que se mantendrá en pleno vigor hasta los comienzos del siglo XVIII (NAVASCUÉS et al., 1991). Este modelo se basa, fundamentalmente, en la búsqueda de la gradación más perfecta entre la naturaleza más intervenida y la salvaje, que acaba desempeñando una función de fondo visual para crear un espacio en el que fuera posible disfrutar del sector más cercano al núcleo residencial o de ocio. De los parterres y la *topiaria* se pasaría a las plantaciones de arbustos y árboles de porte cada vez más destacado, que serían los encargados de fundir el paisaje creado por la mano del hombre con el horizonte (FERNÁNDEZ et al., 1991).

Desgraciadamente, todavía desconocemos la realidad de los primeros jardines que se disponían en las cercanías del espacio residencial de los cigarrales más antiguos. Sin embargo y haciendo caso a Sebastián de Covarrubias, los primeros ejemplos pudieron surgir a partir de auténticos huertos en los que se potenciaron

algunos efectos ornamentales. Delimitándolos aparecerían los bosquecillos a los que hemos hecho referencia, que se convertirían en una de las formaciones más características de los alrededores de la ciudad de Toledo en los inicios de la modernidad.

LA EVOLUCIÓN DEL CIGARRAL Y LOS GRANDES JARDINES DEL SIGLO XVII

El éxito cosechado por el cigarral provocó un cambio en las modas urbanas. Por primera vez un arzobispo de finales del siglo XVI, el cardenal Quiroga, ahora sí un auténtico príncipe del Renacimiento, optó por construir una auténtica casa de campo propia de su privilegiada condición en el entorno pedregoso cigarralero (MARÍAS, 1980). Su construcción creó un nuevo modelo, el de la gran finca de recreo y de aparato, mucho más próxima al modelo de villa renacentista suburbana italiana que al de los primeros cigarrales junto a los que se construyó.

El resultado de ese proyecto fue la edificación de la hoy conocida como Quinta de Mirabel y tradicionalmente como cigarral de Quiroga o del Rey. Su ejecución marca el punto de inflexión hacia una nueva realidad en la que, como dijimos, se produce la ampliación del uso del término cigarral para denominar a construcciones cada vez más complejas en las que empiezan a primar las funciones residenciales y de representación. Su edificación sirve de precedente al cigarral de Buenavista, mandado edificar por el cardenal Sandoval y Rojas a comienzos del siglo XVII en lo que hasta entonces había sido la casa de la Huerta del Capiscol, una de las más tradicionales de Toledo (MARÍAS, 1986). Su construcción sobre la vega aluvial supone la definitiva monumentalización de estas fincas de recreo y anuncia otro de los cambios que se iba a producir, el de la generalización del uso de la denominación de cigarral frente a la tradicional de casa de campo. Desde entonces, ese nombre ha sido el preferido para referirse a toda aquella finca en la que fuera posible disfrutar de un entorno natural privilegiado en los alrededores de la ciudad de Toledo (MARAÑÓN, 2004).

En ambos casos la nueva construcción se encontraba en el centro de unos espacios huma-

nizados mediante jardines ahora plenamente característicos del Renacimiento hispano. De ellos sólo tenemos noticias a través de algunas obras literarias fruto del trabajo de poetas que celebraban allí sus veladas bajo el patronazgo de sus nobles propietarios (MADROÑAL, 1999). Es el caso de la descripción en verso que se conserva del cigarral de Buenavista realizada por Baltasar Elisio de Medinilla poco después de que finalizase su construcción (MARTÍN, 1857: 175-187). En ella se describe un amplio jardín dotado de terrazas y avenidas, que permitían crear un importante juego escénico en el que también adquirían importancia diferentes fuentes dedicadas a deidades paganas y jaulas que contaban en su interior con numerosas aves exóticas. Todo ello y siguiendo al mismo autor, se rodeó de lo que podríamos denominar como un bosque “culto” e incluso neoplatónico (RIVERA, 1991), en el que no faltaban grutas que aludían al famoso mito de la caverna, dispuestas entre naranjos, encinas, abetos, castaños, enebros, robles, tejos o palmas.

Estos grandes complejos, dotados de una vegetación cada vez más destacada y exuberante, se convirtieron en una referencia para todos aquellos pequeños cigarrales que, de una manera u otra, debieron rivalizar por ofrecer algún resultado que pudiera recordar a los celebrados jardines y paseos en los que se reunía la intelectualidad toledana. Su importancia sería acusada pero efímera dadas las nuevas condiciones económicas y sociales en las que estas fincas tendrían que sobrevivir muy poco tiempo después.

LA CRISIS Y EL NUEVO CIGARRAL DE LOS SIGLOS XVII AL XIX

El cigarral era una creación de una clase local culta que se mantuvo especialmente activa en Toledo hasta el final de la segunda década del siglo XVII. Su fin, tal y como había sido concebido, coincide con el inicio de la crisis que afectó a toda Castilla y que se ensañó especialmente con la ciudad, produciendo la paulatina pérdida de la vitalidad económica, política y cultural de la población (MARTÍNEZ GIL, 1987, 2007). El resultado fue la creación de una entidad urbana completamente nueva, cerrada en sí misma, que algunos historiadores han considerado como una

auténtica ciudad convento (BONET, 1988; MARTÍNEZ-BURGOS, 1996).

Si el interior de la población sufrió drásticos cambios relacionados con la desaparición de la trama urbana civil y la aparición de los grandes muros conventuales (SUÁREZ, 1990), el espacio suburbial exterior también se modificó de forma más que notable. Por un lado sufrió su propio proceso de conventualización, similar al sufrido por los barrios en los que predominaban los palacios urbanos, que permitió la aparición de conventos sobre espacios ocupados con anterioridad por cigarrales. En ellos tuvieron su sede órdenes tan distintas como los Clérigos Menores en el cigarral que aún lleva su nombre, los capuchinos en el cigarral del Ángel o los carmelitas en el de San Servando. Por otro, como consecuencia de la falta de recursos ligada a la desaparición de la mayor parte de las oligarquías propietarias, también se produjo una paulatina e importante transformación de su entorno ante la necesidad de primar todo lo relacionado con el aprovechamiento agrícola de sus tierras (MARTÍN, 1857).

La generalización de las nuevas explotaciones ocasionó la desaparición de los antiguos jardines de aparato, tan costosos de mantener, y la formación de un nuevo paisaje en el que empezaron a tomar protagonismo algunas especies adaptadas, tanto a la pobre naturaleza del suelo como a la demanda comercial de la época. Se generó así un nuevo bosque productivo que fue ocupando el espacio dejado por el que hemos denominado “culto”, que se mantuvo en pleno vigor hasta los comienzos del siglo XX.

Para conocer su aspecto contamos, tanto con los datos procedentes del Catastro del Marqués de la Ensenada fechado en el año 1751, como con los que aparecen reflejados en los expedientes relacionados con la desamortización sufrida por muchas de estas posesiones en diferentes momentos del siglo XIX. De acuerdo con todo ello, a mediados del siglo XVIII los cigarrales se caracterizaban por su especialización en el cultivo de árboles frutales, fundamentalmente de albaricoqueros, seguidos a gran distancia de olivos, almendros y otras especies ornamentales como los álamos blancos y negros (MOROLLÓN, 2008). Sin embargo, unos pocos años más tarde, dando muestras de la

capacidad de cambio y adaptación de estas explotaciones, su principal valor residía en las plantaciones de olivos y en mucha menor medida en la de almendros y albaricoqueros, apareciendo por primera vez la referencia a los “parrones” (PORRES, 2001). A lo sumo y como recuerdo de los buenos tiempos pasados, se documenta la existencia de algún pinar muy reducido que serviría para delimitar la casa y dar sombra a la construcción para protegerla de la rigurosidad del clima de la zona.

El aspecto de este tipo de cigarral con sus olivos y frutales dispuestos de madera ordenada en fincas cerradas, seguiría contrastando con la aridez más absoluta que primaba en sus inmediaciones como consecuencia del aprovechamiento comunal de las tierras no cercadas. Esta diferencia tan acusada es la que muestran algunas de las primeras imágenes fotográficas que se conocen de la zona y diferentes planos como el recientemente publicado de los alrededores del campo de maniobras de la Academia de Infantería, en los que se representa el cigarral de Infantes, hoy arruinado, y el de Gorondona, desaparecido como consecuencia de la construcción del Hospital Provincial en la segunda década del siglo XX (ISABEL, 2008) (Figura 2).

LA REVITALIZACIÓN CULTA DEL CIGARRAL Y EL NUEVO BOSQUE CIGARRALERO

A comienzos del siglo XX la ciudad de Toledo se convirtió en la imagen preferida por los intelectuales de la generación del 98. En ella encontraron el reflejo de tiempos más afortunados y la mejor muestra de las posibilidades de un pueblo capaz de crear imperios y que en ese momento se encontraba completamente arruinado (PENA, 1993; TUSELL, 1997).

Una de las primeras consecuencias de esta situación fue la definitiva recuperación de la figura del Greco que, en buena medida, se debe a su inusual capacidad para plasmar el paisaje de la ciudad en la que vivió, en un ejemplo único en la historia de la pintura española anterior al siglo XIX (MARTÍNEZ-BURGOS, 2008).

La importancia que cobraron este tipo de representaciones y el auge de diferentes grupos

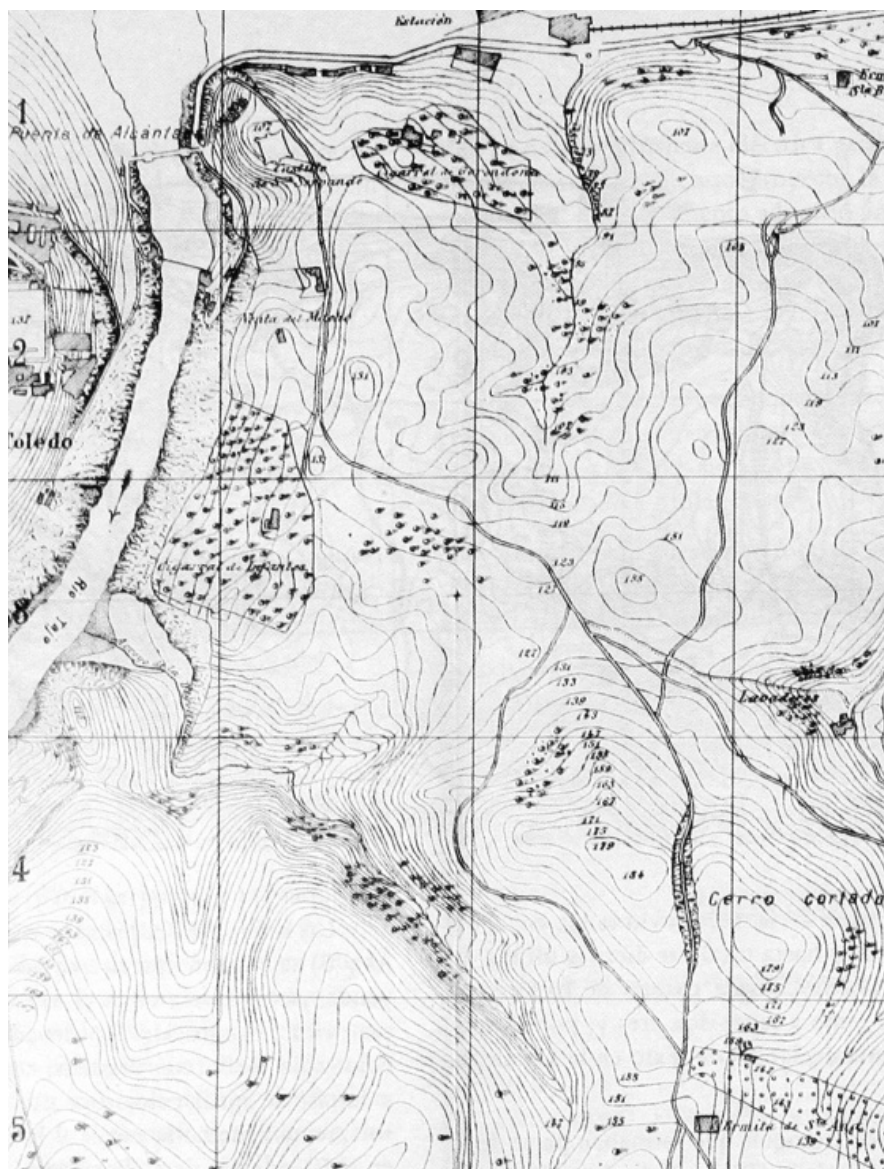


Figura 2. Plano de los alrededores de Toledo que incluye los cigarrales de Infantes y Gorondona (1900) (de ISABEL, 2008)

de intelectuales pertenecientes a las nuevas generaciones del 14 y del 27 que se vincularon con la ciudad, hizo posible la revitalización de los cigarrales que, en algunos casos, iniciaron un proceso de recuperación que parecía dirigido a devolverles su pasado esplendor (CARROBLES, 2008). El ejemplo más significativo fue el del cigarral de Menores adquirido por Gregorio Marañón en 1921 (MARAÑÓN, 2004). En él y como ejemplo de una situación cada vez más frecuente se celebraron reuniones políticas y culturales en las que, artistas de la talla de García Lorca o Ramón Pérez de Ayala, parecían evocar a las figuras literarias del pasado.

Los cigarrales volvieron a ser espacios cultos y de prestigio, propiciando el desarrollo de una nueva imagen. Aunque se tendió a conservar los olivares y las plantaciones de frutales, muy pronto empezaron a tomar protagonismo los nuevos jardines surgidos como representación de los ideales imperantes en los que predominó el eclecticismo. Gracias a todo ello hicieron su aparición especies hasta entonces nada significativas como el ciprés que, en muy pocos años, se ha convertido en la más característica de todo este espacio por su valor como referencia visual en detrimento de las especies productivas que han ido perdiendo protagonismo.

El éxito cosechado por el nuevo cigarral “intelectual” permitió la conservación de buena parte de los cigarrales históricos aunque con una nueva apariencia en su vegetación. Sin embargo y como efecto secundario, también ha provocado otras importantes transformaciones que están poniendo en peligro la conservación de este importante espacio (CRUZ et al., 2006). Nos referimos al aprovechamiento desmesurado de las antiguas fincas mediante la parcelación del espacio disponible hasta mínimos que, en ocasiones, no parecen estar acordes con lo que establece la Ordenanza municipal. También al auge que está experimentando su uso hostelero que se inició con la construcción del Parador y que está provocando cambios igual de significativos. Todas estas tendencias están ocasionando la proliferación de nuevas y mayores construcciones a la vez que la paulatina pérdida de la imagen del olivar y de los bancales de frutales, en favor de nuevos jardines que, en muchas ocasiones son difíciles de clasificar, al utilizar especies y trazados cada vez más alejados de la propia tradición.

En la actualidad y a pesar de tanto cambio y transformación, todavía subsisten cigarrales como la Quinta de Mirabel o el Cigarral de Menores que se convierten en los mejores ejemplos de conservación de este paisaje cultural toledano. Sus edificios, jardines y arbolado se convierten en una preciosa fuente de información para comprender como ha evolucionado la ciudad a la que miran desde el final de la Edad Media.

Agradecimientos

Este trabajo ha sido financiado por el Consorcio de la ciudad de Toledo y la Real Fundación de Toledo, dentro del proyecto “Paisajes culturales de la ciudad de Toledo: los cigarrales”.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILÓ, M. Y MATA, R. DE LA. (coords.); 2005. *Paisajes culturales*. Madrid.
- ANDRÉS, G. DE.; 1999. *Helenistas del Renacimiento en Toledo. El copista cretense Antonio Calosinás*. Toledo.

- AÑÓN, C.; 1991. La literatura de jardines en el siglo XVI. Del Hortus al Jardín de las Delicias. En: J. Fernández y I. González, (eds.), *A propósito de la Agricultura de Jardines de Gregorio de los Ríos*: 82-101. Madrid.
- AÑÓN, C.; 2000, (coord.). *El jardín de Melibea*. Madrid.
- ARANDA, F.J.; 2001. *Jerónimo de Cevallos: un hombre grave para la República. Vida y obra de un hidalgo del saber en la España del siglo de Oro*. Córdoba.
- BONET, A.; 1988. Toledo Barroco y Neoclásico. En: *Toledo ¿Ciudad viva? ¿Ciudad muerta?*: 301-310. Toledo.
- BURCKHARDT, J.; 1982. *La cultura del Renacimiento en Italia*. Barcelona.
- CARROBLES, J.; 2007. Toledo 284-546. Los orígenes de la capitalidad visigoda. En: J. Carrobles, R. Barroso, J. Morín y F. Valdés (eds.), *La topografía de la ciudad de Toledo en la Antigüedad tardía y Alta Edad Media*: 43-92. Toledo.
- CARROBLES, J.; 2008. Toledo y El Greco a comienzos del siglo XX. En: *El Greco. Toledo 1900*: 20-37. Madrid.
- CARROBLES, J.; 2009. La Vega Baja de Toledo y el problema de la conservación del patrimonio arqueológico a comienzos del siglo XXI. En: A. Domínguez (coord.), *El Patrimonio arqueológico a debate: su valor cultural y económico*: 63-79. Huesca.
- COVARRUBIAS, S. DE.; 1611. *Tesoro de la Lengua castellana o española*. Edición digital de J. Arellano y R. Zafra (2006).
- CRUZ, L.; ESPAÑOL, I. Y MUÑOZ, E.; 2006. *Los cigarrales de Toledo. Idealización y deterioro de un paisaje cultural*. Ciudad Real.
- DÍEZ DEL CORRAL, R.; 1987. *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*. Madrid.
- FERNÁNDEZ, J.; GONZÁLEZ, I. Y RAMÍREZ, A.; 1991. Las proporciones en el jardín de la Casa de Campo. En: J. Fernández y I. González (eds.), *A propósito de la Agricultura de Jardines de Gregorio de los Ríos*: 161-181. Madrid.
- GARCÍA, F.; 2002. *Jardines y Parques Históricos de la Provincia de Toledo*. Toledo.
- ISABEL, J.L.; 2008. Acerca de un plano antiguo de las inmediaciones de Toledo de finales

- del siglo XIX. *En: Archivo Secreto* 4: 152-158. Toledo.
- KAGAN, R.L.; 1982. La Toledo del Greco. *En: El Greco de Toledo*: 35-73. Berlín.
- LÓPEZ, A.; 1998. *La navegación por el Tajo: el reconocimiento de Carduchi en 1641 y otros proyectos*. Madrid.
- MADROÑAL, A.; 1999. *Baltasar Elisio de Medinilla y la poesía toledana de principios del siglo XVII*. Madrid.
- MARAÑÓN Y BERTRÁN DE LIS, G.; 2004. *Un juego de espejos: Toledo desde un cigarral*. Madrid.
- MARÍAS, F.; 1980. El cigarral toledano del Cardenal Quiroga. *En: Goya* 154: 216-222. Madrid.
- MARÍAS, F.; 1986. *La arquitectura del Renacimiento en Toledo (1541-1631)*. Madrid.
- MARTÍN GAMERO, A.; 1857. *Los cigarrales de Toledo*. Toledo.
- MARTÍNEZ GIL, F.; 1987. *Toledo y la crisis de Castilla 1677-1686*. Toledo.
- MARTÍNEZ GIL, F.; 2007. *La invención de Toledo. Imágenes históricas de una identidad urbana*. Ciudad Real.
- MARTÍNEZ-BURGOS, P.; 1996. Historia de un edificio, imagen de una ciudad. *En: Cortes de Castilla-La Mancha. Historia y Arte del Convento de San Gil*: 11-49. Toledo.
- MARTÍNEZ-BURGOS, P.; 2008. El paisaje de Toledo en la pintura del Greco. Fragmentos y enigmas. *En: El Greco. Toledo 1900*: 39-57. Madrid.
- MOROLLÓN, P.; 2005. Las ordenanzas municipales antiguas de 1400 de la ciudad de Toledo. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval* 18: 265-439.
- MOROLLÓN, P.; 2008. Los cigarrales de Toledo en el Catastro del Marqués de la Ensenada. *CT/ Catastro* 63: 159-180.
- NAVASCUÉS, P.; ARIZA, M.C. Y TEJERO, B.; 1991. La Casa del Campo. *En: J. Fernández y I. González (eds.), A propósito de la Agricultura de Jardines de Gregorio de los Ríos*: 137-159. Madrid.
- PENA, C.; 1993. La modernización del paisaje realista: Castilla como centro de la imagen de España. *En: Centro y Periferia en la modernización de la pintura española 1880-1918*: 42-55. Barcelona.
- PISA, F. DE.; 1605. *Descripción de la imperial Ciudad de Toledo*. Toledo.
- PORRES, J.; 1967. *Plano de Toledo por El Greco*. Toledo.
- PORRES, J.; 1989. *Planos de Toledo*. Toledo.
- PORRES, J.; 2001. *La desamortización del siglo XIX en Toledo*. Toledo.
- QUEROL, M.Á. Y MARTÍNEZ, B.; 1996. *La gestión del patrimonio arqueológico en España*. Madrid.
- RAMOS, J.; 2001. Las almunias de la ciudad de Toledo. Desde época califal al periodo feudal. *En: II Congreso de Arqueología de la Provincia de Toledo II*: 203-226. Toledo.
- RIVERA, J.; 1991. Juan Bautista de Toledo y la Casa de Campo de Madrid: vicisitudes del Real Sitio en el siglo XVI. *En: J. Fernández y I. González (eds.), A propósito de la Agricultura de Jardines de Gregorio de los Ríos*: 103-135. Madrid.
- RODRÍGUEZ TEMIÑO, I.; 2004. *Arqueología urbana en España*. Barcelona.
- TUSELL, J.; 1997. El regeneracionismo y las artes plásticas. *En: Paisaje y figura del 98*: 27-47. Madrid.
- URABAYEN, F.; 1936. La Ilusión Metafísica de los Cigarrales. 2008 en *Archivo Secreto* 4: 213-215.
- VERA, A.; 2004. *Elucidario. Arquitectura del Renacimiento*. Murcia.
- VIÑAS, C. Y PAZ, R.; 1963. *Relaciones de los pueblos de España ordenadas por Felipe II, Reino de Toledo, Segunda parte*. Madrid.